

LOS VERDADEROS HÉROES DE LA
REVOLUCIÓN

Los Verdaderos Héroes de la Revolución

Un Relato

H U M B E R T O B O C A N E G R A

Derechos de autor © 2026 Humberto Bocanegra
Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede reproducirse sin permiso.

humbertob76@yahoo.com

Los Verdaderos Héroes de la Revolución



—**ALLÁ** viene el imbécil, con sus tropas mal preparadas y llenas de esperanza. Pobres, no saben la sorpresa que les espera —dijo mi capitán al ver la polvareda de tierra a unos cinco kilómetros de distancia de donde estábamos esperando formados en fila militar.

—Los agentes de inteligencia reportaron su avance con gran precisión —contestó el sargento llamado Pérez—. Según los reportes son aproximadamente algunos doscientos rebeldes. La mayoría de ellos no son nada más que campesinos ignorantes y sin práctica ni sabiduría en tácticas de guerra. No creo que la batalla dure más de una hora o dos, bueno eso es si acaso no deciden correr al ver nuestra superioridad.

El capitán sonrió cuando escuchó al sargento decir estas palabras. Nuestra tropa consistía en algunos seiscientos soldados entrenados en las escuelas más avanzadas en tácticas militares de todo el país. El Sargento Pérez se volteó y se dirigió a varios soldados a nuestro lado derecho dando órdenes.

—¡Munguía! Llévate a diez hombres y prepare sus hombres arriba de ese cerro. Aseguren que sus armas estén limpias y bien calibradas para que no malgasten balas. Quiero eliminar a este rebelde lo más pronto posible. Ya nos ha matado bastantes hombres y creo que ya le toca a él, saber lo que es perder.

—¡Sí señor! —contestó Munguía.

De pronto escogió a diez hombres de nuestra tropa para que lo acompañaran. Subieron al cerro y se escondieron detrás de unas rocas grandes que estaban en la parte alta de la colina. Desde ese punto deberían de disparar y matar a los rebeldes, mientras pasaban por debajo. Según el plan debería ser algo fácil.

Fue entonces que el capitán me miró y habló.

—Tú, ven aquí, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Jorge Arévalo, mi capitán.

—¡Arévalo! ¿No tienes familiares en Veracruz?

—Sí, capitán, tengo varios tíos que viven allí.

—¡Qué lástima! Yo conocí a unos Arévalos de Veracruz y no eran más que unos cobardes. Ojalá no sean tus parientes, porque si sales igual de miedoso que ellos te juro que te disparo en la espalda si corres. No vas a correr, ¿verdad?

—¡Claro que no mi capitán! Yo vengo a pelear —contesté sin pensarlo.

—Eso, así deben contestar todos los hombres —exclamó el capitán, volteando luego a ver el avance de los rebeldes.

Yo esperaba que el capitán ordenara tomar nuestras posiciones defensivas para cuando se acercaran los revolucionarios, pero fue todo lo contrario.

—¡Preparen sus armas! —gritó el capitán y el sargento coreó—: ¡Preparen sus armas!

Con nuestras manos temblando preparamos los rifles. En seguida de mí estaba un joven, que al igual que yo, contaba con dieciocho años de edad. Se llamaba Juan, de repente se puso a orar.

—Padre nuestro que estás en el cielo...

Aunque éramos muchos más soldados que rebeldes, según debíamos conquistar al grupo rebelde con gran facilidad, pero los nervios nos traicionaban. Hasta nuestras voces temblaban al hablar.

—¿Nunca has estado o participado en una batalla antes? —me preguntó Juan.

—No, nunca —le contesté—. Pero creo que hoy si vamos a estar en algo bonito. Yo siempre he querido participar en un buen pleito y parece que hoy se me va a conceder.

—¿No tienes miedo? —me preguntó Filiberto, un muchacho de Coahuila.

—¡Claro que sí! Hasta me tiemblan mis pies dentro de mis botas, ¿qué le voy a hacer? Ya estoy aquí.

—Ya dejen de comadrear —de repente se escuchó la voz de un sargento llamado Juárez y gritó—: cállense y concéntrense en la batalla que viene. Qué bonito es matar a un rebelde. Ustedes pronto sabrán lo que es matar a un animal rastrero. Pronto tendrán la dicha de matar a un rebelde. ¿Qué más le pide uno a la vida? ¡Esto si es vivir y matar!

Nos miró con frialdad y se fue en su pinto, un caballo fino y fuerte como los que uno ve en obras de arte. Otro muchacho llamado Adrián divisó al Sargento Juárez alejarse y comentó.

—¡Qué hombre tan valiente! Quisiera ser como él, quién no le teme ni a la muerte. Yo me muero de miedo.

—Pues si nos toca nos toca —le dije a Adrián—. Pero no creo que hoy nos debe de tocar. Dicen que ese grupo de rebeldes no son nada más que una bola de cobardes que van de pueblito, en pueblito, aterrorizando a la gente. Ahora se van a topar con unos verdaderos soldados. A ver si nos pueden quitar, no como despojan a los inocentes de los pueblitos.

—No hables así —me contestó Filiberto—. La muerte puede tocar de un minuto a otro, especialmente cuando estás en una batalla militar como nosotros.

—Es muy cierto lo que dices. —Agregó Adrián—. En verdad no me gusta pensar así, porque me acuerdo de mi novia Beatriz y me da tristeza. No quiero salir herido ni lastimado para cuando regrese a mi rancho. Quiero volver enterito para casarme con mi novia, al final de esta maldita guerra.

—Según pláticas, esta guerra debe de acabar dentro de seis meses, más o menos —nos contó Juan.

—¿Quién te dijo eso? —preguntó Filiberto.

—Hoy en la mañana escuché al sargento Pérez comentar al sargento Juárez que la guerra iba bien de acuerdo con el general del Distrito Federal, podíamos acabar con los rebeldes muy pronto, como en seis meses.

—¿Tú le crees al general? Yo no. Pienso que este general Villa es bastante inteligente. Pero hay algo en este hombre que no me gusta. Los campesinos lo siguen ciegamente, casi religiosamente. Eso me asusta. Los revolucionarios son muy curiosos.

—Solo el tiempo nos contestará nuestras preguntas porque...

De repente se escuchó el disparo de una pistola muy cerca de nosotros. Volteamos a ver qué estaba pasando y de dónde provenía el disparo, ahí cerca estaba el sargento Juárez montado en su caballo y observando lo que hacíamos.

—¿No les dije que dejaran de comadrear y que estuvieran listos para el ataque? ¿Qué hacen? ¡Muévanse rápido!

Levanté mi rifle para correr al frente de la formación, apuntando la bayoneta hacia dónde venían los rebeldes. La polvareda estaba cerca, podíamos ver a los campesinos que formaban parte de los rebeldes. Esperaba ver a soldados como nosotros, pero no era así. Los enemigos venían armados con pistolas y machetes, vestían harapos de manta. Algunos cargaban solamente lanzas, que ellos mismos habían preparado con palos de encino o mezquite. Al primer grupo que observé era el de unos ancianitos, acompañados por jovencitos de entre trece y quince años de edad.

—¿Dónde están los soldados valientes y temerosos, de quienes nos hablaban los tenientes y capitanes? ¿Dónde estaba ese feroz ejército endemoniado, que nos iba a dar una gran batalla?

Todo el escenario estaba mal. Mi mente no podía procesar lo que estaba viviendo. Me consideraba un soldado profesional, el cual había sido entrenado y preparado en tácticas de guerra. Nunca nos adiestraron para pelear contra ancianitos y jóvenes; estos últimos apenas pasaban de los diez años de edad.

—¡Vamos a bayoneta calada! —de repente el sargento replicó su orden.

Nos quedamos en forma ofensiva y cuando el grupo de rebeldes se acercó a unos treinta metros.

— ¡Fuego! —nos gritaron la orden.

Disparamos nuestros rifles cayendo cerca de cincuenta rebeldes. El resto avanzaba sobre los cuerpos de sus compañeros, los cuáles se revolcaban sobre la tierra con mucho dolor y angustia. Al acercarse podía observar que en realidad no eran más que un puñado de ancianos y muchachos jóvenes. No había hombres entre los veinte y cincuenta años de edad. Quedé sorprendido al ver un ejército organizado de una manera tan incompresible.

Cuando los rebeldes estaban cerca de treinta metros de distancia, el capitán gritó.

—¡Al ataque! —Nos lanzamos para topar contra el enemigo.

A los que siguieron atacando los encontramos con nuestras bayonetas, matándolos como si fueran unos simples animales. Apuñalé a uno y luego a otro, pero lo que se me hizo bastante raro es que no gritaban o lloraban. Parecía que ya estaban predispuestos a morir ese día.

Los soldados de Munguía, arriba del cerro, mataban uno tras otro; solamente se miraba caer a los rebeldes uno sobre otro. Contemplé como un joven, de escasos once años, cayó gravemente herido y se levantó para atacar con un cuchillo a uno de nuestros soldados. Enterró su puñal en el pecho del soldado, para luego continuar hacia donde estaba otro guerrero. Cuando le quiso apuñalar, el soldado disparó su fusil pegándole en una pierna y volvió a caer al suelo. En lugar de quedarse ahí, el chamaco se incorporó para volver a atacar. Fue entonces que el sargento Juárez le disparó por la espalda con su pistola, matándolo en el instante.

Otro rebelde ancianito me miró como si me fuera atacar, pero se detuvo por un instante, tal vez pensando que me reconocía. Bajó su machete y avanzó hacia donde yo estaba con mi fusil en mano. No le pude disparar, la mirada furiosa de hacía algunos instantes se le borró de su rostro. Parecía que me iba a decir algo, cuando apareció de repente el sargento Juárez, disparándole en el pecho con su pistola. El señor, de algunos ochenta años de edad, se desplomó por la herida mortal. Antes de morir me miró señalándome que me acercara. No sé por qué, pero no tuve miedo.

—¿Joel, que haces con esos malditos federales? —me acerqué y me dijo—: deberías estar con nosotros.

No supe que decir, lo tomé en mis brazos mirándolo sonreír.

—Gracias mijo, cuídate mucho —me dijo.

El ancianito murió en mis brazos, no pude dejar de pensar de quién sería familiar. ¿Quién sería este señor que me había confundido con un tal Joel? Lo bajé lentamente al suelo y continué peleando. Me da pena decir que maté a tres rebeldes más. No lo digo por ser sentimental, sino por ver como luchaban.

Aunque estos hombres no fueron entrenados como nosotros, no cabe duda de que estaban dispuestos a morir por su causa. De verdad que creían en la libertad que según ellos merecían. Muchos probaron su lealtad en el campo de batalla con sus vidas.

La batalla duró un poco más de dos horas. Cuando terminó nos reunimos en formación militar en la parte baja del cerro, donde los rifleros de Munguía habían estado peleando. Ahí escuchamos las nuevas órdenes del capitán.

El comandante, montado en un caballo blanco, se tomó algunos minutos recorriendo el campo de batalla, entre los cadáveres de los rebeldes. Miraba a los difuntos y simplemente movía la cabeza de lado a lado. Innegablemente algo estaba muy mal con este escenario, algo le molestaba. El jefe se acercó al lugar donde estaba el sargento Juárez, quién montaba su caballo pinto, muy cerca donde yo me encontraba en formación.

—¿Quién es el encargado de inteligencia en esta región? —preguntó.

—Es Martínez, al que le dicen “El Borrado.”

—¡Tráemelo! Necesito hablar con él.

—¡Martínez! ¿Dónde está Fabián Martínez? —volteándose, el sargento Juárez gritó.

De pronto un soldado corrió hacia el rumbo donde estábamos parados, reportándose con el sargento.

—¡Sí señor, yo soy Fabián Martínez, reportándome como usted ha ordenado!

—Dime Martínez, ¿quién te dijo que las fuerzas de “El Coyote” estarían aquí? —el capitán le preguntó.

—La información provino de una mujer que conoce los movimientos de El Coyote.

—Creo que nos han hecho una broma —expresó el capitán en voz agitada.

—No puede ser mi capitán —Martínez contestó—. La mujer insistía que era información confiable. Me aseguró que El Coyote y sus tropas estarían en esta región.

El capitán enojado le gritó.

—¡Mira! ¡Mira las fuerzas poderosas con quienes nos hemos enfrentado! No son más que jovencitos y ancianitos. ¿Me crees tonto? ¡No creo que éstas sean las fuerzas de El Coyote! ¡Esperaba y quería una gran batalla contra El Coyote, no contra una banda de inútiles! ¿Dónde está el Coyote?

—Disculpe mi capitán, pero me aseguraron que El Coyote estaría aquí —Martínez contestó bajando su mirada.

—¿Dime porque no debo matarte aquí dónde estás? — el capitán sacó su pistola apuntándole a Martínez señalando—: perdimos veinte soldados en esta batalla sin ninguna razón. Todo por creerte, por pretender que aquí

encontráramos al hombre que más detesto de todos los revolucionarios, el maldito Coyote. Un hombre que dicen que tiene las mejores tácticas militares de toda esta región, casi al nivel de las de Villa. Pues parece ser verdad, porque nos atrajo hasta aquí para no lograr nada. ¿Quién sabe dónde ande en este momento?

—Quiero que me traigas a esa mujer que te dio la información. La vamos a fusilar por traidora. Sí no me la traes para antes de que baje el sol, tú y tus agentes serán fusilados por traición —Martínez no dijo nada y solamente siguió viendo hacia el suelo. El capitán le gritó para que todos escucháramos.

—Sí, mi capitán, vuelvo con ella antes de que se ponga el sol —el soldado levantó la vista y le contestó.

Martínez se dio la media vuelta, montando un caballo se dirigió rumbo al pueblo. Ahí vivía la mujer que le había dado la información equivocada.

Apenas había recorrido algunos cien metros de donde estábamos parados cuando se escuchó un disparo de fusil, derrumbando a Martínez del caballo. El capitán quedó absorto con el suceso.

—¿Qué pasó? ¿Quién le disparó?

Nadie dijo nada, porque nadie sabía lo que había sucedido. Inesperadamente se escuchó la voz de un hombre desde arriba del cerro, donde Munguía y sus hombres habían estado hacía menos de una hora.

—La información no estaba equivocada, capitán. ¡Aquí estoy, donde le dijeron que yo estaría!

Todos volteamos hacia el cerro, ahí estaba parado un hombre con un fusil en sus manos.

—El Coyote... el maldito Coyote —el capitán murmuró.

El Coyote era un hombre alto, de tez morena y con una potente voz. Estaba parado, en postura firme y erguida, con sus cananas llenas de balas, llevaba un sombrero de alas anchas. Parecía que estuviéramos viendo el retrato del revolucionario perfecto.

—¿Por qué te escondes detrás de jóvenes y ancianos? ¡Ven a pelear contra una tropa de hombres, maldito cobarde! —le gritó el capitán.

—Créeme capitán lo que le digo, esos voluntarios que usted acaba de masacrar me siguieron para juntarse con mis fuerzas, pero yo los rechacé. Insistieron en pelear y fue por eso por lo que ellos atacaron a sus tropas. La pasión por la revolución no tiene edad, malditos hacendados los forjaron así.

—¡Entrégate! Te prometo que la justicia de la patria te tratara mucho mejor de lo que tú has tratado a la gente del pueblo.

—Al contrario, bajen las armas y prometo que no mataré a ninguno de sus hombres capitán —le contestó sonriendo El Coyote—. Solamente les quitare sus armas y los dejaré marchar hasta el pueblo más cercano.

—¿Cómo piensas cumplir con eso sin hombres y sin armas? Mejor baja el cerro y no malgastes mi tiempo. Baja y prometo que...

El capitán no acabó su oración, cuándo súbitamente aparecieron cientos de revolucionarios desde atrás del cerro. Nadie sabía de donde salían, pero la verdad que si fue extraño y sorprendente. Estos rebeldes no eran jóvenes y ni tampoco ancianos. Los sediciosos eran hombres de edad madura, acostumbrados al oficio de la guerra. De repente escuchamos la explosión de un cañón y la tierra tembló alrededor de nosotros. El proyectil estalló a cien metros de donde estábamos parados. Afortunadamente nadie resultó herido. Nos sorprendió saber que el Coyote poseía un cañón en el cerro.

—Si crees que nos vas a asustar con un miserable cañón estás muy equivocado. ¡Perro desgraciado! —le gritó el capitán.

—Es la segunda y última vez que les voy a decir que bajen las armas para que puedan vivir —le contestó el Coyote—. Pero si insisten en pelear, el primero que va a morir será usted capitán.

El capitán se carcajeó y el sargento Pérez lo arremedó, riéndose también. Yo me encontraba a veinte metros de donde ellos estaban parados, cuando de repente se volvió a escuchar un cañonazo. Los dos jefes volaron quince pies por el aire, mientras que el caballo blanco quedó hecho pedazos. De repente empezó el combate. Eran las cinco de la tarde.

—¡Viva la revolución! ¡Viva Pancho Villa! —los rebeldes bajaron del cerro gritando y disparando sus armas. Parecían llenos de rabia mientras corrían, tropezando unos con otros, para volverse a levantar y proseguir luchando.

—¡A la defensiva! ¡Maten a los traidores! ¡Maten a los rebeldes! —el sargento Juárez siguió gritando montado en su pinto.

Con un revólver en cada mano disparó matando a varios rebeldes que se le acercaron. Cuando el primer grupo de la ofensiva revolucionaria estaba a algunos veinticinco metros, el sargento Juárez los atacó con su caballo tumbando a tres de ellos. Antes de que se pudieran levantar les disparó estando tirados en la tierra y ahí los mató. El sargento Juárez no parecía temerle a nada.

Su valor nos animó a todos y aunque me temblaban las manos de miedo empecé a pelear y a disparar mi arma, tumbando a varios de los revolucionarios. Algo increíble en estos hombres era que se levantaban una y otra vez después de haber recibido un balazo. La pasión de los rebeldes es algo que no logro entender hasta la fecha.

Los enemigos nos atacaron hasta que repentinamente estuvieron sobre nosotros. Luchamos cuerpo a cuerpo. En una de las contiendas me encontré peleando con dos rebeldes. Mientras le enterraba la bayoneta a uno de ellos, su compañero trató de apuñalarme. Intenté pararlo con mi mano, pero me la

atravesó de lado a lado. La adrenalina en el momento me ahogó el dolor en mi mano, logrando librarla del cuchillo.

Levantando mi fusil con la otra mano le disparé, dándole en una rodilla, consiguiendo que cayera y gritara del dolor. Cuando me acerqué para quitarle la vida, repentinamente surgió otro enemigo con un machete. Sin poder hacer nada, me tasajeó la pierna desde cerca de la cintura hasta la rodilla. Aunque la cortada no era tan profunda me dejó inmovilizado. No me explico por qué ese hombre no me terminó. Después de ver cómo me derrumbaba, el individuo con el machete prosiguió su marcha buscando a alguien más a quien agredir.

Mientras sentía fluir la sangre caliente por mi herida conseguí ver el desarrollo de la brutal batalla. Logré levantar mi rifle para disparar muchas veces, hasta que se terminaron mis municiones. Los gritos y el estruendo ensordecedor de las armas se extendieron por un largo período de tiempo. Intenté incorporarme en mis dos pies para seguir luchando, pero en ese momento alguien me dio un golpe en la nuca dejándome inconsciente.

Obscurecía cuando recuperé mi conciencia a un mundo en total silencio. Tendido como estaba, levanté la cabeza para entender mi situación. Miré que ya no me encontraba en el lugar donde había caído. Ya no estaba en el espacio abierto de la batalla. Me encontraba debajo de un mezquite junto a tres rebeldes postrados alrededor de mi persona. Todos estábamos heridos, mientras que otro de los revolucionarios caminaba hacia donde nos encontrábamos. Me miró ofreciéndome una bolsa con agua, de la cuál tomé unos sorbos y a continuación me recargué en el árbol.

—¿En dónde estoy? ¿Cómo llegué aquí?

—Yo te traje, pues te vi herido y te arrastré hasta este punto —el guardia respondió—. De hecho, a los cuatro los jalé hasta aquí.

—Pero es que yo soy de los federales y ustedes revolucionarios...

—¿Eso qué importa? La batalla ya finalizó y pues es tiempo de curar a los heridos. Son órdenes del Coyote.

Me sorprendió su contestación. Cuando le iba a comentar algo, inesperadamente uno de los heridos gimió quejándose por sus heridas.

—¡Ay, Dios! La pierna me arde, no la aguanto.

Volteé a ver al hombre que se quejaba e inmediatamente lo reconocí. Era el soldado que me encajó el cuchillo en la mano, a quién le disparé en la rodilla. En el momento que lo miré me recordó la lesión en la mano, la cual me empezó a doler.

Aunque la herida en mi mano era aún fresca ya no sangraba. No meforcé por cerrarla, solo saqué el pañuelo de mi saco amarrándolo alrededor para esconder la herida. Ya no sentía ira por el hombre quién me había acuchillado y que estaba recostado a unos dos metros de mí. No sé si me reconoció como

el que le disparó en la pierna. Uno de los heridos se acercó al quejumbroso desgarrándole el pantalón. Después le echó en la herida una botella de tequila, por lo que soltó un gran grito de dolor.

—Párale, párale. ¡Me quema el alcohol!

—Aguántate Fernando, el alcohol te va a ayudar.

—¡Me quema como lumbre Porfirio! ¡No aguanto el dolor!

Miré la herida, de verdad que estaba horrible. El tercer rebelde me miró y enseguida empezó a interrogarme.

—Oye tú, ¿quién eres? ¿qué te sucedió en la mano?

—Soy Jorge y aquí tu amigo Fernando atravesó su puñal en mi mano.

Fernando al escuchar mis palabras levantó la cabeza para ver quién hablaba.

—Tú fuiste, él que me disparó en la pierna.

—Sí, tú me enterraste el cuchillo en la mano mientras me defendía y por eso te disparé. Uno de tus compañeros me rajó la pierna con su machete. — Aunque la herida no había sido tan profunda, temía que se fuera a infectar.

El muchacho llamado Porfirio se acercó para romper mi pantalón y ver la herida en mi pierna. Sin decir nada abrió la botella de tequila y vertió el alcohol en la cortada. Sentí un dolor intenso, pero aguanté las ganas de gritar.

—Esto debe de curar tu herida —dijo Porfirio—. El alcohol es excelente para esto y para emborracharse uno.

El tercer individuo río y me dijo que la batalla fue de gran experiencia para las tropas rebeldes.

—Oye Jorge, ¿cuánto tiempo tienes en el ejército?

—Llevo seis meses en el ejército. Primero estudié en la escuela militar donde me entrenaron por cuatro meses. Cumplí dos meses con la tropa. ¿Tú cuánto tienes como revolucionario?

—Hace dos años me pegué a la bola, cuando Pancho Villa llegó al pueblo. Calculo que he peleado en algunas diez batallas.

—¿Cuál es tu nombre? ¿De dónde eres oriundo?

—Filiberto, de Nogales.

—¿Filiberto? Así se llama un amigo de mi tropa —comenté.

—Corrección, se llamaba.

—¿Cómo que corrección?

—Tú eres el único sobreviviente. El único que quedó vivo de tu tropa. Todos tus compañeros están muertos.

Las palabras de Filiberto me dejaron helado, bastante sorprendido.

—¿Cómo puede ser eso? Éramos bastantes soldados perfectamente bien entrenados. ¡No logro entenderlo!

—Pues créelo, Jorge, tu tropa desapareció totalmente. Fue una derrota definitiva. Te encontramos con vida después que sonó el último balazo. Sobreviviste de puro milagro.

Después de decirme esto, Filiberto se puso de pie apuntando hacia un paraje que se encontraba a cien metros de distancia. En ese lugar se encontraban los cadáveres de mis compañeros. Los rociaron de keroseno y les prendieron fuego. Al presenciar esto se me llenaron los ojos de lágrimas, entrando en una gran depresión. Por horas, quedé extasiado al ver aquellas llamas consumir los cuerpos de mis amigos y compañeros. Las llamaradas iluminaron la noche por un largo período de tiempo.

Al alba se presentaron varias personas de un pueblo cercano, para atender a las necesidades de los heridos. Entre los visitantes venía un doctor especializado en amputar brazos y piernas. Este cirujano pareciera que no tenía ninguna paciencia, pues tan solo con ver la herida decidía si iba a mochar tal o cual extremidad.

Solo había una tienda de campaña que servía de quirófano para los pacientes. Introducían a un herido y en menos de cinco o diez minutos salía operado. Metían a otro lesionado, se oía por unos minutos una gran gritadera y después salía el soldado sin pie, mano u otra parte del cuerpo. Quedé cerca de la tienda mientras ese doctor estuvo operando con un simple serrucho y cuchillo. De pronto vi pasar el carretón lleno de extremidades de los desgraciados, que el cirujano había intervenido.

Todo lo que vi me afectó mucho, pero me dio bastante dolor y tristeza al ver al joven Fernando entrar en la tienda de campaña. El médico le cortó la pierna hacia abajo del balazo que le había dado el día anterior. Al escuchar sus gritos me sentí bastante culpable por todo lo que le pasaba. Sus gritos me inducían a querer correr e ir a pedirle perdón, pero no podía hacer nada. Todavía escucho sus gritos, pero por más que quiera no los puedo sacar de mi mente.

El cirujano terminó el trabajo en menos de tres horas, concluyendo unas sesenta operaciones. Al remover la tienda del improvisado quirófano, quedó un gran charco de sangre del trabajo hecho en los soldados, por el especialista en amputaciones.

Al día siguiente se presentó el Coyote en el campamento, ordenando que se prepararan las tropas para moverse. Siendo el único sobreviviente del enemigo, vino un comandante rebelde para llevarme ante El Coyote.

—No sé por qué te tocó vivir muchacho —me dijo el Coyote—. No puedo cargar contigo y tampoco te voy a fusilar. No gano nada con llevarte y menos con ejecutarte. Será mejor que regreses a tu casa.

—No lo entiendo, pero soy un soldado federal. ¿Cómo me va a dejar ir?

—No eres un peligro para mí. Sí acaso te pregunta la gente como somos los revolucionarios, debes decir la verdad. Somos personas humildes y sencillas que buscan la libertad. Estamos cansados de vivir bajo la opresión del gobierno federal y de los hacendados, cansados de ser tratados como esclavos. Deseamos respirar el aire libre. Anhelamos, tener lo nuestro: una casita, aunque sea un jacal o un cuartito de adobe. Queremos ir y venir libremente sin pedir el permiso de nadie. Nos queremos casar sin el permiso del hacendado. Buscamos sembrar y cosechar lo nuestro sin tener miedo a que nos golpeen por comer simplemente un elote, una manzana o por llevarnos un costalito de frijoles. También deseamos que nuestros hijos reciban educación al igual que los hijos de los hacendados. Tenemos el derecho de vivir estas cosas y no solamente soñarlas. Estamos hartos de vivir con miedo. En fin, queremos vivir libres. Joven, ¡entiéndelo!

Las palabras apasionadas con las que se expresaba El Coyote me llegaron al corazón. Podía ver la lucha desde los ojos de un rebelde, por fin entendí los objetivos de la revolución.

El Coyote ordenó se me equipara con un burro para viajar a mi tierra. Recibí suficiente comida para muchos días. Después de empacar sus cosas, partieron en búsqueda de una próxima batalla. Entonces emprendí mi largo viaje desde Coahuila hasta la capital.

En mi pueblo, los militares acogieron mi llegada con gran ostentación. El general Fernández supo que fui el único sobreviviente de la batalla contra el Coyote. El general insistía en celebrar una ceremonia reconociéndome como un gran héroe. En la primera oportunidad, le mencioné al militar que yo no era ningún superhombre, pero él persistía en la ceremonia. A tres días de mi llegada se me honró con pompa.

Recibí un uniforme de gala bastante lujoso como regalo, que al ponérmelo me hacía ver como un comandante. Quizás en otro tiempo lo hubiese agradecido, pero en esta ocasión no me agradaba para nada.

La ceremonia se llevó a cabo frente al “Palacio de los Héroes”, en el interior del campo militar donde entrenaban a los nuevos reclutas. El general esperaba que diera un discurso a los reclutas sobre los soldados en combate, la valentía de mi tropa a la cuál pertenecí y sobre la cobardía del grupo rebelde que luchaba en contra del gobierno.

Entre los invitados se encontraban varios senadores y representantes de los estados próximos a la capital. En el templete había varias banderas republicanas, mientras un regimiento se encontraba de frente a las gradas. Una banda tocó el himno nacional. Después de escuchar al senador contar algo de la historia nacional, me tocó el turno de estar frente a la audiencia.

El público estaba atento cuando me puse de pie, quedando todos en silencio para escuchar mis palabras sobre nuestros militares y el dizque grotesco grupo de revolucionarios. Un grupo de rebeldes que estaba ilusionado con ganar la guerra a nuestro ejército. Me encaminé hacia el podio para contarles mi punto de vista.

—¡Buenos días, señoras y señores! Gracias a los invitados y a todos ustedes por honrarme con su presencia, haciéndome sentir especial este día en este recinto. Hoy estamos aquí considerando que soy un héroe que debe de ser reconocido, por haber sobrevivido en una batalla donde fallecieron todos mis compañeros de tropa. Al verlos a ustedes reunidos me hace pensar que hice algo que quizá fue noble durante esa lucha.

El público presente aplaudió asintiendo a lo que llevaba dicho, en forma efectiva. Después intenté hablar con la verdad.

—Hace menos de un año, cuando me enlisté, tenía una visión muy diferente del gobierno y del ejército. Pensaba que hacían todo lo posible por proteger la vida y los derechos de todos los ciudadanos, ofreciendo justicia sin importar las clases o niveles sociales del país. La campaña militar contra los rebeldes me hizo abrir los ojos y ver las injusticias de nuestro sistema de gobierno.

La multitud murmuraba improvisadamente al escuchar las dudas que presentaba sobre el sistema establecido. Me contuve para hacerlos reflexionar sobre el sacrificio patriótico que encarnaron mis compañeros de tropa y sus razones para hacerlo.

—Doy el parte sobre la batalla donde resulté ser el único sobreviviente. Tuve el privilegio de estar con verdaderos hombres que lucharon y murieron como héroes, pensando que peleaban en contra de revoltosos desagradecidos que causaban daños a la gente de bien en este país. Veían a los revolucionarios como demonios que atacaban a pueblos desprotegidos, donde se llevaban a las mujeres para utilizarlas en las campañas de guerra. Los rebeldes tomaban las haciendas para robar a los pobres dueños que huían para evitar ser asesinados. Bajo estos puntos de vista, mis compañeros y amigos fallecieron y sirvieron como unos héroes, privilegio que me honra.

Después de escuchar mis palabras, los invitados y el público en general aplaudieron vigorosamente por un largo período de tiempo. Cuando se aquietaron continué con mi charla.

—Estimados ciudadanos, autoridades civiles y militares, estamos reunidos en este lugar porque me consideran un héroe, pero en realidad yo no me imagino como uno de ellos. Si así fuera, me vestiría en mi uniforme militar y pasearía por cualquier ranchito, pueblo o ciudad de México y la gente me recibiría como un héroe. Todos me saludarían y las mujeres bonitas se

sonreirían al verme. La verdad es que no puedo ir a esos lugares sin el temor que me agredan por ser parte de un gobierno corrupto. Las personas en esos lugares creen que soy parte de sus problemas y no la solución.

La actitud de los presentes cambió, manteniendo un profundo silencio. Esperaban que diera mi opinión sobre lo que en realidad era un héroe. El general Fernández me clavó su mirada, pero no dijo nada.

—En la última batalla donde murieron todos mis compañeros de armas, llegué a conocer el heroísmo a un nivel personal. Observe a hombres que reían, gritaban o lloraban en medio de una gran batalla violenta y sangrienta. Vi a compañeros que mataban a un enemigo y segundos o minutos después siendo masacrados por los contrarios. Algunos murieron apuñalados, otros fueron atravesados por las bayonetas. Unos fallecieron por disparos de una pistola o un rifle. Nadie, pero nadie murió de una muerte tranquila. La guerra es así: violenta, sangrienta y cruel. Entendía que nuestros soldados peleaban hasta morir por defender a la patria, pero no concebía por qué los rebeldes también peleaban igual hasta morir. ¿Por qué solamente no corrían para salvarse y pelear otro día? Me preguntaba. Todo lo contrario, ellos luchaban con una ferocidad que jamás me había imaginado posible en un ser humano.

Pare unos segundos y continué con mis reflexiones de este discurso.

—Después me cuestionaba: ¿cuál era la motivación detrás de esta pasión? ¿por qué estaban todos estos hombres dispuestos a morir? Observé que los rebeldes nunca tomaban un paso hacia atrás. En medio de la gran pelea me dieron un golpe en la cabeza que me dejó inconsciente y al despertar ya era un preso de los revolucionarios. Pensé que me iban a fusilar, pero el comandante me dejó libre porque decía que yo no era un peligro para ellos. Me explicó que todos éramos iguales y que todos simplemente anhelábamos la libertad. Los revolucionarios quieren lograr las cosas que muchos de nosotros tomamos como un hecho.

Seguí mi discurso explicando todo lo que recordaba.

—Ambicionan ser libres para ir y venir, así como nosotros, obtener también propiedades y no tener que pedir permiso para pisar o cruzar las tierras de los hacendados. Ellos buscan sembrar y cosechar en lo propio para no esperar que les den algo de las sobras. Quieren educación para sus hijos, para lograr mejores vidas de las que ellos han tenido. Piensan que son ignorados, porque les dicen que no son nada más que burros tercos sin inteligencia. ¿Pero cómo van a aprender si les negamos la educación? Luego los llaman ignorantes. Los revolucionarios no pelean solamente por ser rebeldes.

Todo esto me lo había dicho el Coyote.

—Comprendí que los revolucionarios no pelean solamente por ser rebeldes, pelean por darle una vida mejor a sus seres queridos, por un mejor futuro para sus hijos. Pelean por libertad y justicia, por una nación llena de prosperidad para todos. No solo que sea para los ricos déspotas con vidas lujosas y tranquilas, que son sostenidas con el sudor y el trabajo del campesino. El humano no aguanta tanto abuso. Cuando el espíritu se cansa, llega al punto que no le tiene miedo al patrón, ni al chicote y ni a la muerte.

Detuve mi discurso por unos segundos antes de concluir.

—Mis queridos amigos, los revolucionarios ya están en ese punto, no le temen a la muerte. En pláticas he oído decir a muchos, que esta revolución no debe durar más que unos meses. Pero me da tristeza decirles que esta revolución apenas va comenzando, no terminará hasta que ganen los revolucionarios o que todos ellos estén muertos. Pues nunca se rendirán. Ustedes me ven como un héroe, pero sé que no lo soy. Soy solamente un títere que usa el gobierno como le da la gana. Peleo para cuidar las vidas de los ricos sin tomar en cuenta las vidas de los otros ciudadanos que desean vivir con lo más básico en la vida, libertad y justicia. Lo que les digo es la verdad. Si me quieren ver como un héroe por favor háganlo, porque les he dicho la verdad y no porque fui a pelear por las injusticias que el gobierno sostiene contra el campesino. Por su atención, gracias y que dios los bendiga.

Cuando terminé mi declaración nadie dijo nada o aplaudió. El lugar permaneció en silencio hasta que el general Fernández se puso de pie y ordenó que me escoltaran unos soldados hasta la entrada del campo militar. Sin decir nada los soldados empezaron a quitarme el saco militar, llevándome afuera de la entrada. Cerraron la puerta. Ahí me quedé por unos cinco minutos sin moverme. Luego caminé todo el día hasta llegar a las afueras de la ciudad.

Durante el trayecto no sentía nada: ni enojo, ni rencor, ni odio. Por fin llegué a un ranchito donde los dueños me ofrecieron agua y comida. Ahí, me quedé por el resto del tiempo que duró la lucha armada de la revolución. Jamás volví a levantar un arma contra otro ser humano. La guerra siguió y terminó, así como había dicho que iba a terminar. La revolución trajo muchos cambios a la nación, algunos de éstos fueron positivos.

Los hacendados corrieron y los gobernantes que los apoyaban se fueron detrás de ellos. Al fin algo de libertad y justicia llegó a México, pero la lucha continúa para conseguir los derechos que se le debe dar a la gente. Esa batalla nunca terminará. Es algo que se pelea día con día en todas las cortes donde los abogados y jueces interpretan la ley, asegurando justicia para la nación. Qué Dios los guíe en sus esfuerzos.

—¡Qué viva el espíritu de la revolución!

— *fin* —